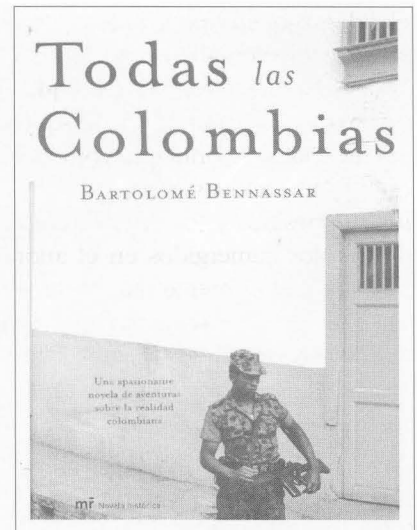


**“Se ha dicho que la Historia la escriben los vencedores. Ha sido verdad durante mucho tiempo, yo creo que hasta el siglo XX. Ahora todo ha cambiado mucho”**



muy exigente: te obliga a enfrentarte con los documentos—, pues la novela te da lo que podríamos llamar un respiro.

—¿Cuánto hay de biografía en *Todas las Colombias*?

—No voy a descubrir ninguna cosa extraordinaria si afirmo en la mayoría de las novelas hay siempre partes biográficas del autor, una parte de experiencia, de vida reflejada. Hay episodios a los que he asistido. Hay un capítulo que se llama *Quebrada blanca*: cuento que estaba allí y que afortunadamente el ejército nos cortó el paso, indicándonos que seguir era peligroso porque había otras fuerzas militares por la zona. Y efectivamente allí pasó lo que relato en la novela: es un hecho real, novelado. En Bogotá, por poner otro ejemplo, hay otro episodio, mitad real y mitad inventado, como el del *El valle de las mujeres*. En cambio hay episodios reales, como la construcción de barrios por la noche, cuando se aprovecha que no hay fuerza policial. Lo más real son mis andanzas por Colombia, no todas. Pero sí las de la capital, Bogotá; las del altiplano y la costa atlántica, desde Cartagena hasta Santa Marta; o los llanos orientales. Eran momentos, como tengo escrito, de inconsciencia. Pero tengo que decir que en aquella época de los Años 70, en sus inicios, las ciudades colombianas eran tan peligrosas como hoy. En cambio, el campo, no (dejando aparte algunas zonas muy precisas. Al campo se podía ir con tranquilidad, sin problemas. Hay por tanto una experiencia directa de la naturaleza, unos episodios basados en esa experiencia directa... están las relaciones con la gente, como la de un guerrillero retirado de la guerrilla, Javier Arenas, que publicó *La guerrilla por dentro*. Pude hablar con él. Otro caso fue el del cura Camilo Torres, guerrillero: estuve con sus familiares. También estuve con un oficial norteamericano, un chico que había estado en un campo de entrenamiento de Panamá, con otros oficiales latinoamericanos a los que entrenaban en técnicas militares avanzadas y que tam-

bién los adiestraban ideológicamente. No se olvide que desde la Revolución cubana, los Estados Unidos tuvieron miedo que el comunismo se apoderara de muchos países hispanoamericanos más importantes que Cuba. Por lo demás, mucha invención, evidentemente; aunque el caso del español corresponde a una pregunta sobre mi persona, a la que no tengo respuesta: ¿En circunstancias trágicas, hubiera sido un cobarde, un hombre de valor? ¿Qué es un hombre frente a la nada, frente a la pobreza, frente al peligro?

—¿De donde su hispanismo, su pasión por España?

—Mi apellido es mallorquín y puede ser hebreo o musulmán, o los dos. Me reivindicamos los marroquíes y también los judíos. De ahí mi pasión por España. La verdad es que mi abuelo paterno era médico en Mallorca, médico de pueblo. Trabajaba para curar a todos, incluso a los pobres. Mi abuela murió en 1918 y ese mismo año mi padre emigró a Francia. Eran ocho en la familia, cuatro hijos y cuatro hijas. Además tuve la suerte de encontrarme con Rodolphe, un hombre encantado con España, un historiador muy centrado en las fuentes. Y de ahí mi pasión por España: orígenes y encuentro con un gran hispanista.

—¿Quién puede más, cuando escribe, el historiador o el novelista?

—Son disciplinas diferentes. La Historia no permite ficciones, aunque la ficción puede nutrirse de la Historia. Me aplico a cada cosa, sin apartarme de las normas: el historiador es historiador.

—¿Hasta qué punto la Historia no es una novela de ficción escrita para los poderosos? ¿Comparte la expresión de Albert Camus que unos hacen la Historia y otros la sufren?

—Se ha dicho que la Historia la escriben los vencedores. Ha sido verdad durante mucho tiempo, yo creo que hasta el siglo XX. Yo creo que ahora todo ha cambiado mucho. Por ejemplo, dentro de la historia oficial escrita por los ingleses, los franceses... decir que los pueblos que en el siglo XIX tenían con los alemanes